

las revoluciones. Burckhardt construye una filosofía de las crisis en la que distingue distintos momentos del proceso. El inicial, que equivale a una aceleración en el ritmo de la historia, aquel en que el ritmo histórico crece por un especial cambio debido a una fuerza concreta y el momento de parada, retroceso o recuperación de antiguos valores, que dará paso a la institucionalización de los elementos característicos de la crisis.

A partir de la obra de Charles Renouir titulada *La crise de l'état moderne* se inicia la divulgación de este concepto. Ahora bien, la crisis del estado puede entenderse bien como el momento en el que empieza la desaparición de esta forma de integración política, bien como el momento en el cual el Estado necesita reorganizarse para encontrar nuevos caminos e instrumentos a su actividad. El punto en el cual la crisis recae con más vigor a juicio de los diferentes autores, es el poder. Crisis de Estado significa crisis de poder, y, por consiguiente, crisis de soberanía. Para superar el proceso crítico, el Estado inicia una mayor centralización y, en general, concentración del poder, lo que lleva en un proceso lineal a la aplicación de principios autoritarios. Por otra parte, el Estado, de acuerdo con la ideología y mentalidad de los tiempos, tropieza con ciudadanos cuyo punto de vista o perspectiva es democrática. Así se da una doble crisis cuyos elementos son contradictorios. El testimonio teórico de estos hechos está en la llamada racionalización del poder como criterio superador de los dos términos de la contradicción.—E. T. G.

GELLNER (Ernest): *Contemporary Thought and Politics*, en «Philosophy», XXXII, núm. 123, 1953 (páginas 336-357).

Bajo la dirección de P. Lastett ha sido publicado un conjunto de diez ensayos, referentes a filosofía política y social, bajo el título de *Philosophy, Politics and Society* (Oxford, B. Blackwell, 1956). Es su tónica general la descripción de la agonía de ciertos sistemas filosóficos y políticos presuntamente muertos a manos del positivismo lógico.

La mayor parte de los autores está influida por el movimiento filológico actual. Se estudia en primer lugar la posibilidad de un pensamiento político, la

situación de las valoraciones políticas, y la función de la política dentro del conjunto de los conocimientos posibles, siempre desde una mentalidad positivista. En general se observa un profundo cambio desde el positivismo clásico hasta el filológico. Aquél era radical en sus consecuencias, mientras que éste es lógicamente conservador.

Entre los ensayos referentes a las valoraciones políticas es notable el de miss MacDonald acerca de los derechos naturales. Plantea su peculiaridad real indagando si son primordialmente tácticos, lógicos o axiológicos. Contesta la autora que pertenecen a esta última categoría, y que sería gravemente dañoso considerarlos de otra manera.

Otros ensayos acerca del concepto de soberanía, de derecho, y contraponiendo la moralidad liberal y la socialista, son también interesantes.

Finalmente se presenta un estudio introductorio al concepto de sociedad, estableciendo ciertas distinciones entre modalidades sociales, que el autor del artículo no ha llegado a entender, al menos en cuanto a su utilidad, mediante la distinción entre sociedad enfrentada (*Face to face Society*) y sociedad territorial, o sea, donde se prescinde del concepto de comunicación activa entre los individuos.—A. S.

HERMENS (Ferdinand A.): *Ethics, Politics, and Power: Christian Realism and Manichaeic Dualism*, en «Ethics», LXVIII, 4, 1958 (págs. 246-259).

Es preciosamente clara la distinción de Max Weber entre ética y política: como ética de la responsabilidad y ética de la intención. La primera exige que cada uno se dé cuenta de los posibles resultados de su propia conducta. La ética de la intención sigue la máxima de que el cristiano actúe rectamente y se confíe en Dios en cuanto a la esperanza de lograr el resultado propuesto. Max Weber entiende siempre, en todo caso, que se actúa dentro de una mentalidad insertada en la ética del cristianismo.

Hay un nivel moral de la vida política con el cual es incompatible la idea de que el fin justifica los medios y la creencia de que es posible un éxito político definitivo. Pues el verdadero cristiano nunca puede cerrar los ojos a los elementos trágicos que intervienen en



la Historia. Mas junto con esto, el cristiano piensa que Dios ha creado, además del espíritu, también la materia, y ambas cosas como bienes.

Sin embargo, la existencia del poder implica siempre un cierto sometimiento del espíritu a la materia. Ello plantea el problema de cualificación del poder político como bueno o como malo. Burckhard supuso que el poder es malo en sí mismo, Meinecke, que es neutral. De modo ambiguo, Max Weber identifica poder y violencia. En definitiva, se plantea el problema de la naturaleza del poder político.

La mentalidad propia de los poderes totalitarios tiende a juzgar a la naturaleza humana como viciada y radicalmente perniciosa e inestable. Presupone el pesimismo antropológico. Por ello sus líderes están en continua lucha por el poder, pues desconfían unos de otros. Por el contrario, la democracia gusta de dotar al poder político de los medios menos eficientes posibles. Tiene predilección por el poder vacuo, por suponer la natural capacidad de los hombres para organizarse espontáneamente. La democracia supone un optimismo antropológico. El hombre es moral; la sociedad, inmoral.

El autor concluye que siempre habrá forzosamente un conflicto entre la ética y la actividad política, puesto que en ninguno de ambos aspectos es posible llegar a una perfección permanente, ya que los seres humanos suelen tanto equivocarse como acertar, cualquiera que sea el asunto a que se dediquen y aunque pongan en él todo su interés.—A. S.

HUNTINGTON (Samuel P.): *Conservatism as an Ideology*, en «The American Political Science Review», junio 1957, vol. LI, núm. 2 (págs. 454-473).

¿América es conservadora o no? Esta es la interrogante que hoy se plantea cuando de enjuiciar la política americana se trata.

Conservatismo político es, en principio, aristocracia o al menos oligocracia, plutocracia... La teoría aristocrática del conservatismo se define como ideología que sirve a la permanente reacción, frente a la democracia, de la clase feudal-aristocrática agraria, más o menos en decadencia desde la Revolución francesa. Liberalismo, formación o mejor, conso-

lidación de la burguesía, desde fines del siglo XVIII, y la primera mitad del siglo XIX, oscilan entre el conservatismo de la aristocracia medieval-moderna y el democratismo progresivo del tiempo contemporáneo, ya pactando con ésta, ya haciendo prevalecer los arcaicos presupuestos de la Sociedad medieval-moderna.

El autor del artículo subraya la importancia de Burke en el pensamiento político anglosajón y la atribuye, plenamente, una ideología conservadora que es la que pasa a Norteamérica y alimenta en ella a la fracción republicana hasta el punto de que sea la ideología de Burke la que inspire la reacción, por decirlo así, derechista republicana del movimiento político actual estadounidense.

Sin embargo, Norteamérica y su tradición vienen a desmentir esto, ya que es absurdo hablar de tradición histórica conservatista en una joven nación forjada en el siglo XVIII y más por motivos económicos que políticos.

No hay, en puridad, una tradición conservadora en América, y, sin embargo, ha calado en ella la ideología conservadora de Burke. Esta es la paradoja política estadounidense.

Así se plantea como problema este hecho: ¿cómo existe *de facto* una operante ideología conservadora, en auge, en una nación creada al abrigo de la democracia reformista?—E. S.

Mc. CLOSKEY (Herbert): *Conservatism and Personality*, en «The American Political Science Review», marzo 1958, vol. LII, núm. 1 (págs. 27-45).

El dualismo conservadurista y liberal tiene una profunda significación: el conservatismo subraya la personalidad que se tiene, el liberalismo tolera y respeta la personalidad no sólo de los partícipes del grupo social a que se pertenece, sino la personalidad real y efectiva o posible, futura, de los demás que persiguen fraguar esa personalidad conservadora, o lo que es lo mismo, el liberal respeta la aspiración al conservatismo de los que todavía no tienen nada que conservar.

Con base en éste, H. Mc. Closky plantea el problema del conservatismo como supervivencia de un grupo social-político que hereda algo que merece conservarse,